

DAMASCO.

2 de Abril 1832.

Vestido con el traje árabe mas rigoroso, he recorrido esta mañana los principales barrios de Damasco, acompañado solamente de M. Baudin, por miedo de que una reunion algo numerosa de caras desconocidas llamase la atencion sobre nosotros. Hemos circulado primero bastante tiempo por las oscuras, sucias y tortuosas calles del arrabal Armenio, que parece por cierto una de las mas miserables aldeas de nuestras provincias. Las casas son de barro, y tienen sobre la calle algunas raras y estrechas ventanas enrejadas, cuyas persianas están pintadas de colorado: son muy bajas, y las puertas parecen puertas de establos; un monton de inmundicias y una charca de agua y de fango se hallan casi à la puerta de todas las casas: sin embargo hemos entrado en algunas de los principales comerciantes arménios, y me han asombrado la riqueza y la elegancia de estas habitaciones por dentro. Después de haber pasado la puerta y atrevesado un os-

curo corredor, se halla uno en un patio adornado con soberbias fuentes de mármol con surtidores, y á que dan sombra uno ó dos sicomoros ó sauces de Persia. Este patio está embaldosado con anchas losas de piedra pulimentada ó de mármol; las paredes están entapizadas de emparrados. Estas paredes están cubiertas de mármol blanco y negro; cinco ó seis puertas, cuyos largueros son tambien de mármol y están muy bien labrados, conducen á otras tantas salas ó salones donde se reunen los hombres y las mugeres de la familia. Estos salones, muy espaciosos, están embovedados: tienen muchas ventanitas muy altas para que siempre circule libremente el aire exterior. Casi todos constan de dos planos; el primero, inferior, donde están los criados y los esclavos; el segundo, á que se sube por unos cuantos escalones y separado del primero por una baranda de mármol ó de palo de cedro maravillosamente labrado. En general, una ó dos fuentes con altos surtidores murmuran en el centro ó en los ángulos del salon. Los bordes están guarnecidos con jarrones de flores; multitud de gondrinas ó de palomas domesticadas van libremente á beber en ellas y á posarse en las orillas de los salones. Las paredes de la estancia son de mármol hasta cierta altura; mas arriba están cubiertas de estuco y pintadas de arabescos de mil colores, y muchas veces con molduras de oro sumamente recargadas. El mueblage consiste en magníficas al-

fombras de Persia ó de Bagdad que por todas partes cubren el pavimento de marmol ó de cedro, y en una gran cantidad de cogines y de colchones de seda espareidos en medio de la estancia, y que sirven de sillas ó de reclinatorios à las personas de la familia. Un divan, cubierto de telas preciosas y de alfombras infinitamente mas finas, guarnece el fondo y los contornos de la sala: generalmente las mugeres y los muchachos están sentados ó tendidos en él, ocupados en diferentes trabajos caseros. Las cunas de los niños de pecho están en el suelo entre aquellas alfombras y aquellos cogines; el dueño de la casa tiene siempre uno de aquellos salones para sí solo y allí es donde recibe à los forasteros; generalmente se le halla sentado en su divan, con su tintero en el suelo à su lado, una hoja de papel apoyada en su rodilla ó en su mano izquierda, y escribiendo ó calculando todo el dia, porque el comercio es la sola ocupacion y el único ingenio de los habitantes de Damasco. Adonde quiera que hemos ido à pagar las visitas que nos habian hecho la víspera, el propietario nos ha recibido con agrado y cordialidad; nos ha hecho traer las pipas, el café, los sorbetes, y nos ha llevado al salon donde están las mugeres. Por ventajosa que era la idea que yo llevaba de la hermosura de las Sirias, à pesar de lo grande que es la que me ha dejado la hermosura de las mugeres de Roma y de Atenas, la vista de las mugeres armenias de Damasco las

ha escedido à todas. Casi en todas las casas hemos hallado caras que jamas ha representado el pincel europeo, ojos en que la serena luz del alma toma un color azul sombrío y espide rayos de húmedos terciopelos que nunca habia yo visto brillar en ojos mugeriles; facciones de una delicadeza y de una pureza tan esquisitas que la mas ligera y suave mano no podria imitarlas, y un cútis tan trasparente y tan colorado al mismo tiempo por vivaces tintas, que ni aun los mas delicados matices de la hoja de rosa pueden representar su pàlida frescura; la dentadura, la sonrisa, la natural morbidez de las formas y de los movimientos; el metal claro, sonoro, argentino de la voz, todo está en armonía en aquellas admirables apariciones; hablan con gracia y con un modesto recato, pero sin cortedad y como acostumbradas à la admiracion que inspiran; parece ser que conservan mucho tiempo su belleza en este clima conservador, y en una vida casera y serena, en la que no desgastan el alma ni el cuerpo las pasiones facticias de la sociedad. En casi todas las casas en que he sido admitido, he hallado à la madre tan hermosa como à sus hijas, aunque pareciese que estas tenian de quince à diez y seis años; à los doce ó trece se casan.

Los trages de estas mugeres son los mas elegantes y nobles que hemos admirado todavía en Oriente:—la cabeza desnuda y cargada de cabellos cuyas trenzas, mezcladas con flores, dan muchas

vueltas sobre la frente y caen en largas madejas á ambos lados del cuello y sobre los hombros desnudos;—festones de piezas de oro y sartas de perlas interpoladas con el cabello; una gorrita de oro cincelado en lo mas alto de la cabeza;—el pecho casi desnudo; una chaquetita con mangas anchas y abiertas, de una tela de seda recamada de plata ó de oro; un ancho pantalon blanco con pliegues que baja hasta el empeine; los piés desnudos, calzados con unas pantuflas de tafete amarillo; un largo vestido de seda de color brillante que baja de los hombros, abierto sobre el pecho y la delantera del pantalon, y prendido solamente al rededor de las caderas con un cinturon cuyas puntas llegan hasta el suelo. No acertaba yo á separar mis ojos de aquellas hechiceras mugeres; en todas partes se han prolongado nuestras visitas y nuestras conversaciones, y siempre las he hallado tan amables como hermosas; los usos de Europa, los trages y costumbres de las mugeres de Occidente han sido en general el tema de nuestras pláticas; parece que nada envidian de la vida de nuestras mugeres, y cuando habla uno con estas encantadoras criaturas, cuando se halla en sus conversaciones y en sus modales aquella gracia, aquella perfecta naturalidad, aquella benevolencia, aquella serenidad, aquella paz del ánimo y del corazon que tan bien se conservan en la vida de familia, no sabe uno qué podrian envidiar á nuestras mugeres munda-

nas que lo saben todo, escepto lo que hace feliz en el interior de una familia, y que dilapidan en pocos años, en el bullicioso movimiento de nuestras sociedades, su alma, su hermosura y su vida. Estas mugeres suelen visitarse entre sí, y ni aun están separadas de la sociedad de los hombres; pero esta sociedad se limita á algunos parientes jóvenes ó amigos de la casa, entre los cuales, consultando su inclinacion y las relaciones de la familia, se les escoge desde la niñez un esposo, que ya desde entonces va de cuando en cuando, como un hijo, á mezclarse á los placeres de la casa.

Aquí he encontrado un gefe de los armenios de Damasco, hombre muy apreciable é instruido; Ibrahim le ha puesto al frente de la nacion en el consejo municipal que gobierna actualmente la ciudad. Este hombre, aunque nunca ha salido de Damasco, tiene las mas claras y juiciosas nociones sobre el estado político de Europa, sobre la Francia en particular, sobre el movimiento general de la mente humana en nuestra época, sobre la trasformacion de los gobiernos modernos, y sobre el porvenir probable de la civilizacion. No he encontrado en Europa un hombre cuyas miras en este punto fuesen mas esactas é inteligentes, cosa tanto mas sorprendente, cuanto no sabe mas que el latin y el griego, y nunca ha podido leer aquellas obras ó aquellos periódicos del Occidente en que estas cues-

tiones se hallan puestas al alcance aun de los que las repiten sin comprenderlas. Tampoco ha tenido nunca ocasion de hablar con hombres eminentes de nuestros climas, pues Damasco es un pais sin relaciones con Europa; todo lo ha comprendido, por medio de las cartas geográficas y de algunos grandes hechos históricos y políticos que han tenido un eco hasta en aquella ciudad, y que su natural y meditativo ingenio ha interpretado con maravillosa sagacidad. Este hombre me ha encantado; he pasado una parte de la mañana hablando con él; vendrá esta noche y todos los días; él entreve, como yo, lo que la Providencia parece preparar para el Oriente y para el Occidente, por el inevitable roce de estas dos partes del mundo dándose mutuamente espacio, movimiento, vida y luz. Tiene una hija de catorce años, que es la mas preciosa criatura que hemos visto hasta ahora; la madre, jóven todavía, es tambien hermosísima. Me ha presentado su hijo, muchacho de doce años, cuya educacion le ocupa mucho.

—Deberia vd., le he dicho, enviarle à Europa y hacerle dar una educacion como la que siente vd. no haber recibido; yo cuidaria de él.

—¡Ah! me respondió, ya lo he pensado; siempre estoy pensando en eso, pero si el estado del Oriente no cambia todavía, ¿qué servicio habré hecho à mi hijo elevándole demasiado, por sus conocimientos,

sobre el nivel de su época y del pais en que ha de vivir? ¿Qué hará en Damasco cuando vuelva con las luces, las costumbres y el amor à la libertad, propios de Europa? ¿Si es preciso ser esclavo, mas vale no haber sido nunca mas que esclavo!

Despues de estas diferentes visitas, salimos del arrabal armenio, separado de otro barrio por una puerta que se cierra todas las noches. Hallé una calle mas ancha y mas hermosa, formada por los palacios de los principales agás de Damasco, que forman la nobleza del pais; las fachadas de estos palacios sobre la calle parecen largas tapias de cárceles ó de hospicios, tapias de barro pardo, con pocas ó ninguna ventana; de cuando en cuando, una puerta abierta sobre un patio; gran número de escuderos, de criados y de esclavos negros están tendidos à la sombra de la puerta. He visitado à dos de aquellos agás, amigos de M. Baudin; el interior de su palacio es admirable;—un patio espacioso, adornado con soberbios surtidores, y plantado de árboles que le dan sombra:—salones mas hermosos y mas espléndidamente decorados todavía que los de los armenios. La decoracion de muchos de aquellos salones ha costado cien mil piastras; la Europa no tiene nada mas magnífico; todo es de estilo árabe; algunos de aquellos palacios tienen ocho ó diez salones de este género. Los agás de Damasco son en general descendientes ó hijos de bajás que

han empleado en la decoracion de sus casas los tesoros adquiridos por sus padres;—es el nepotismo de Roma bajo otra forma. Son numerosos, y ocupan los principales empleos de la ciudad bajo el mando de los bajás enviados por el gran-Señor: tienen vastas posesiones eterritoriales en las aldeas que rodean á Damasco. Su lujo consiste en palacios, en jardines, en caballos y en mugeres; á una seña del bajá ruedan sus cabezas, y aquellos caudales, aquellos palacios, aquellos jardines, aquellas mugeres, aquellos caballos pasan á algun nuevo favorito de la suerte. Semejante legislacion naturalmente convida á gozar y á resignarse: molicie y fatalismo son los dos resultados necesarios del despotismo oriental.

Los dos agás en cuyos palacios he entrado, me han recibido con la mas refinada cortesía; el fanatismo brutal del populacho de Damasco no sube tan arriba: Saben que soy un viagero europeo; me creen un embajador secreto, encargado de recoger informes para los reyes de Europa sobre la contienda de los turcos é Ibrahim. He manifestado á uno de ellos el deseo de ver sus mas hermosos caballos y de comprarle algunos, si queria vendérmelos; al instante me hizo llevar por su hijo y su escudero á una espaciosa cuadra, donde tiene treinta ó cuarenta de los mas admirables brutos del desierto de Palmira. Jamas cosa tan bella se

ha ofrecido á mis ojos; en general todos eran caballos de mucha talla, de pelo gris-oscuro ó gris-claro; de crines como de seda negra, con ojos saltones, de color castaño oscuro, de una fuerza y de una elasticidad admirables; tienen el lomo ancho y chato, cuellos de cisne. Apenas aquellos caballos me vieron entrar y oyeron hablar una lengua estrangera, volvieron la cabeza hácia mi lado, se estremecieron, relincharon y manifestaron su asombro y su espanto con sus oblicuas y azoradas miradas y con un rápido movimiento de la nariz, que daban á sus hermosas cabezas la fisonomía mas inteligente y extraordinaria. Ya habia tenido yo ocasion de observar cuanto mas rápido es y cuanto mas llega á desarrollarse el instinto de los brutos en Siria que en Europa. Una asamblea de creyentes, sorprendidos en la mezquita por un cristiano, no hubiera espresado mejor, en sus actitudes y semblantes, la indignación y el espanto, de lo que lo hicieron aquellos caballos, viendo una cara estraña y oyendo hablar una lengua desconocida. Acaricié á algunos, los estudié á todos y los hice salir al patio; no sabia en cuál fijar mi eleccion, tan perfectos eran todos; en fin, me decidí por un potrillo blanco, de tres años, que me pareció la perla de todos los caballos del desierto. Discutieron el precio M. Baudin y el agá, y al cabo se fijó en seis mil piastras, que hice pagar al agá. El caballo

habia llegado de Palmira, hacia poco tiempo, y el árabe que se lo habia vendido al agá habia recibido cinco mil piastras y una magnífica capa de seda y oro. Como todos los caballos árabes, aquel llevaba al cuello su genealogía, suspendida en un saquito de cerda, y varios amuletos para preservarle de ser aojado.

Hemos recorrido los mercados de Damasco. El gran bazar tiene sobre media legua de largo. Los bazares ó mercados son unas largas calles, cubiertas con entablados muy altos, y ceñidas por tiendas, puestos, almacenes y cafés; estas tiendas son angostas y poco profundas; el tratante está sentado sobre sus talones delante de su tienda, con la pipa en la boca ó el narguilé á su lado. Los almacenes están llenos de toda especie de mercancías, y particularmente de tejidos de las Indias, que afluyen á Damasco por las caravanas de Bagdad. Los barberos instan á los transeuntes á hacerse cortar el pelo; sus tiendecillas están llenas de gentes. Una multitud, tan numerosa como las de las galerías del *Palais-Royal* (*), circula todo el dia en el bazar; pero el aspecto de esta multitud es infinitamente mas pintoresco. Compónese de agás, vestidos con largos ropones de seda carmesí, forrados

(*) El Palacio Real, grandioso edificio situado en el centro de Paris, y que tiene un hermoso jardin público, rodeado de arcos ó sopor tales llenos de variadas y riquísimas tiendas.—(N. del T.)

de marta, con sables y puñales enriquecidos con diamantes, pendientes de sus fajas: los siguen cinco ó seis cortesanos, criados ó esclavos, que van silenciosamente detras de ellos, y llevan sus pipas y su narguilé; van á sentarse, una parte del dia, en los divanes exteriores de los cafés construidos á la orilla de los arroyos que cruzan la ciudad; hermosos plátanos dan sombra al divan; allí fuman y hablan con sus amigos, y este es el único medio de comunicacion, escepto la mezquita, para los habitantes de Damasco. Allí se preparan, casi en silencio, las frecuentes revoluciones que ensangrientan esta capital; la fermentacion muda está encubierta mucho tiempo y luego estalla en el momento en que menos se espera. El pueblo vuela á las armas bajo la bandera de un partido cualquiera, mandado por uno de los agás, y el gobierno pasa, por algun tiempo, á manos del vencedor. Los vencidos son sacrificados ó huyen á los desiertos de Balbek y de Palmira, donde las tribus independientes les dan asilo. Los oficiales y los soldados del bajá de Egipto, vestidos casi á la europea, arrastran sus sables sobre las aceras del bazar; hallamos á varios que nos paran y hablan en italiano. En Damasco siempre están muy alerta; el pueblo los ve con horror y todas las noches puede estallar el motin. Scherif-Bey, uno de los hombres mas capaces del ejército de Mehemet-Alí, los manda, y gobierna momentáneamente la ciudad: ha formado

un campamento de cerca de diez mil hombres fuera de los muros, á la orilla del rio, y tiene una guarnicion en el castillo; él habita en el serrallo. La nueva del menor reves sufrido en Siria por Ibrahim, seria la señal de un levantamiento general, y de una encarnizada refriega en Damasco. Los treinta mil cristianos armenios que habitan la ciudad están aterrados, y serian sacrificados si vencieran los turcos, porque estos están furiosos de la igualdad que ha establecido Ibrahim-Bajá entre ellos y los cristianos. Algunos de estos abusan de este momento de tolerancia é insultan á sus enemigos con una violacion de sus hábitos, que ecesaspera su fanatismo. M. Baudin está siempre pronto, al primer aviso, á refugiarse en Zarklé.

Los árabes del gran desierto y los de Palmira acuden en gran número á esta ciudad y circulan por el bazar; su única vestimenta consiste en una gran manta de lana blanca, en la que se embozan á la manera de las estatuas antiguas. Tienen la tez curtida, la barba negra, la mirada feroz; forman corros delante de las tiendas de los mercaderes de tabaco y delante de los silleros y de los armeros. Sus caballos, siempre ensillados y con bridas, están trabados en las calles y en las plazas. Desprecian a los Egipcios y á los Turcos; pero en caso de una sublevacion, marcharian contra las tropas de Ibrahim. Este no ha podido rechazar-

los mas que hasta una jornada de Damasco, y eso dirigiéndose en persona contra ellos con artillería, cuando pasó por esta ciudad. Actualmente son sus enemigos. Mas adelante hablaré con mas estension de esas poblaciones desconocidas, del gran desierto y del Eufrátes.

Cada género de comercio y de industria tiene su distrito aparte en los bazares. A un lado están los armeros, cuyas tiendas distan mucho de ofrecer las magníficas y afamadas armadas que Damasco entregaba antiguamente al comercio del Levante. Aquellas fábricas de sables admirables, si alguna vez han ecsistido en Damasco, han caido completamente en olvido; ya no se fabrican en esta ciudad mas que sables de un temple comun, y no se ven en las armerías mas que armas viejas de ningun valor: vanamente he buscado un sable y un puñal del antiguo temple. Estos sables vienen ahora de Korassan, provincia de Persia, y aun allí ya no se fabrican; ecsiste cierto número de ellos que pasan de mano en mano como reliquias preciosas, y que son de inestimable precio. La hoja del que me han regalado le costó al bajá cinco mil piastras. Los turcos y los árabes, que estiman estas hojas mas que los diamantes, lo sacrificarian todo en el mundo por una arma semejante; sus miradas centellean de entusiasmo y veneracion cuando ven la mía, y la llevan á su frente como si adorasen un instrumento de muerte tan perfecto.